

Marzo
1913

PACIFICO

MAGAZINE

FRANCIA
Un Peso





El Doctor Schoneman

Por _____

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

El atentado anarquista producido en Karlsruhe el 15 de Abril de 191...., aun cuando no fué dirigido contra un soberano, tuvo el privilegio de conmover hondamente y por muchas semanas a la opinión pública. No solo fué crecido el número de víctimas, sino que las circunstancias del crimen, aparecieron tan extraordinarias y misteriosas, que a pesar de los hábiles esfuerzos de la policía alemana, no se pudo encontrar ni el menor rastro de los culpables, ni siquiera una explicación verosímil y medianamente sensata de los hechos producidos.

El XIV cuerpo del Ejército alemán al regreso de unas maniobras, entraba en Karlsruhe por la Avenida Moltke. Al enfrentar la Escuela de Industrias, la banda de un regimiento de granaderos tocaba la marcha imperial. De pronto se produjo en medio de la calle una explosión formidable. Dentro de un radio de veinte metros no quedó vivo ni un solo hombre ni un solo caballo. Hasta mucha mayor distancia todo quedó derribado y maltratado. El ruido de la explosión fué tan espantoso, que en la ciudad entera se rompieron los cristales de las ventanas, y las personas que se encontraban cerca del sitio del siniestro permanecieron horas y horas desvanecidas y atontadas.

Pasado el primer estupor, las autoridades

iniciaron con la mayor energía y actividad la investigación del crimen. Había para volverse loco. No se encontraron señales de bombas, ni de explosivos, ni más rastros del formidable poder destructor, origen de la catástrofe, que los fragmentos arrojados en todas direcciones, de hombres, animales, instrumentos de música y arneses militares. Hacia el centro de la explosión, cuanto existiera estaba reducido materialmente a añicos. Muchos árboles de la avenida y del Hard Wold, fueron arrancados de raíz. La mayor parte de los cadáveres eran absolutamente imposibles de identificar.

Aquellos de los sobrevivientes más cercanos al sitio del suceso, no pudieron dar mayores informaciones. Sintieron solo un golpe cerebral; análogo al que se produce cuando se dispara muy cerca un cañón de grueso calibre, pero incomparablemente más fuerte, de tal modo que muchos perdieron el sentido momentáneamente, y no pocos quedaron imbeciles para todo el resto de su vida. La conmoción bastó para matar, fuera del radio de mayores devastaciones, a algunos a quienes no alcanzó un solo fragmento de la explosión.

Todo parecía inexplicable en tan extraño atentado. Los anarquistas dirigen de ordinario sus explosiones contra los soberanos, je-

fes de Estado, primeros Ministros, o en el peor de los casos contra brillantes reuniones de burgueses, como en el Teatro Liceo de Barcelona, o en la Cámara de Diputados francesa. Aquí las víctimas eran pobres e inofensivos músicos, cuyo crimen para el fanático del atentado, debió ser probablemente el tocar la Marcha Imperial.

Tampoco el asesino intentó huir... Los anarquistas no temen, o se imaginan no temer el patíbulo, pero procuran siempre escapar de los efectos de sus mortíferos ingenios primero, y de la justicia después... Pero la explosión de la Avenida Moltke se había producido en circunstancias tales, que su autor debió ser necesariamente la primera víctima de ella.

Pero lo que preocupó más intensamente, y desde el principio a todo el mundo, fué la naturaleza del explosivo empleado, el cual por su extraordinaria potencia y la forma en que produjo sus desastrosos efectos, era sin duda un agente nuevo, completamente desconocido hasta entonces por la enmarañada ciencia de la química. No se trataba tampoco de una bomba ordinaria, pues, como se ha dicho, no pudo encontrarse un solo fragmento o casco de metal entre los infinitos despojos, esparcidos a los cuatro vientos por la espantosa catástrofe.

Un sabio italiano de bastante mérito, avanzó una opinión que logró, en virtud de su misma originalidad, seducir a muchas imaginaciones. No se trataba de una bomba, sino de un fenómeno de naturaleza eléctrica, análogo al de esos rayos en forma de globos de fuego cuyo estallido suele ser tan desastroso, producido allí, por medios que aun cuando inaccesibles a los actuales conocimientos de la ciencia, no eran del todo inexplicables en teoría. Utilizando, por procedimientos desconocidos las propiedades de la inducción, se podía acaso llegar a resultados de ese orden. ¿No había descubierto así Marconi la telegrafía sin hilos?

En Alemania, y muy principalmente en los círculos militares, encontró cierta acogida la extravagante idea del italiano. Los alarmistas se sofaron ya a los franceses dueños de semejante terrible instrumento de matanza, y aun el mismo Emperador, en corta alocución ante los doctores de la Universidad de Jena, deslizó algunas insinuaciones, apenas veladas, acerca de los "probables y nuevos secretos de la ciencia militar, ignorados por los sabios de su Imperio.

Este discurso produjo sensación, aun en

la Bolsa. La Academia de Ciencias de Berlín, se creyó obligada a discutir extensamente el asunto; y por unanimidad rechazó la teoría del sabio italiano. Se trataba sí de un nuevo y formidable explosivo (esto era innegable). En cuanto a la falta de fragmentos o cascos de granada, podía explicarse, o bien por el mismo poder destructor del agente empleado, capaz de reducir a polvo impalpable el receptáculo que contuviera el explosivo, o por el hecho de haberse fabricado dicho receptáculo con materiales no usados de ordinario.

Justo es decir, que no sólo la casi totalidad de los sabios de Europa, sino también los profanos, no demasiado fantasmagóricos, pensaron como la Academia de Berlín.

II.

Yo seguía por aquel entonces, pensionado por el Gobierno de Chile, mis cursos de medicina, en la histórica, pintoresca y universitaria ciudad de Heidelberg.

Me había entrado la chifladura por las investigaciones policiales. Las aventuras de Sherlock Holmes, del ingenioso autor inglés Conan Doyle eran mi biblia y como un nuevo don Quijote, de estos modernos libros de caballería andante, intenté, en no pocas ocasiones, seguir los pasos y sistemas del célebre detective anglo-sajón. De más se está decir que mis ensayos fueron escasos o casi siempre desgraciados.

El atentado de Karlsruhe exaltó mi fantasía. Tomé un día el tren y me trasladé a la capital del Gran ducado de Baden, armado de un cristal de aumento y de media docena de sandwiches, para ser inglés en todo. Aquella misma tarde regresé a Heidelberg, sin haber descubierto nada, pero con una teoría nueva en la cabeza.

Publiqué esta teoría, en el "Heidelberger Anzeiger". No había bomba, ni descarga eléctrica inducida, ni nada por semejante estilo. Los hechos producidos sólo eran explicables por la caída de un aerolito explosible.

"Estas estrellas volantes, agregaba yo muy serio, se componen casi todas principalmente de hierro meteórico, pero contienen además otras substancias. ¿Es imposible, acaso que existan también aerolitos formados de una materia desconocida en la tierra y dotados de un formidable poder de expansión, que haya estallado al chocar con la tierra?"

Los astrónomos se burlaron de mi teoría

a mandíbulas batientes. ¿Cómo aquel explosivo, no estalló mucho antes de llegar al suelo inflamado por el terrible roce del aire al atravesar la atmósfera?

La objeción era muy seria, pero supe contestarla. El explosivo estaba alojado en el interior de la piedra, y no había alcanzado hasta él el calor del rozamiento atmosférico. Cité casos de aerolitos inflamados, cuyo interior permanecía frío y a muchos grados bajo cero.

Mi artículo, que fué reproducido por la prensa de toda Europa, me valió muchas felicitaciones y el nombre de "*Das Aerolitic-astronomer*" (el astrónomo del aerolito) con que me designaron mis condiscípulos de la Universidad. Este apodo debió parecer a aquellos demonios sumamente espiritual; las risas no terminaban nunca, cada vez que lo recordaban.

Pero, mientras mi nombre y mi artículo, corrían por toda la faz de la tierra, la teoría del aerolito quedó destruída sin remedio.

Un nuevo atentado, o lo que fuera, en circunstancias casi idénticas al de Karlsruhe, pero con resultados no tan funestos, se produjo en la misma ciudad de Heidelberg. ... ¿Los aerolitos se vengaban de sus acusadores? ¿Habían las piedras explosivas esperado siglos de siglos para caer después a pares y en comitiva sobre la tierra?

El hecho se produjo en Leopoldstrasse, no lejos del Hotel Victoria, y en una hora en que la calle se encontraba casi desierta. No hubo más víctimas que un chaffeur con su automóvil, y un niño al parecer adolescente, cuyo cadáver por nadie reclamado y reducido materialmente a polvo fué imposible de identificar. A esto, al desplome y desperfecto de los edificios circunvecinos y a la sordera y aturdimiento de cuantos vivían a quinientos metros a la redonda, se redujeron las consecuencias del suceso.

Me armé nuevamente de mi lente y de mis sandwiches.... Hasta compré una pipa inglesa y la fumé por horas enteras, con funestísimo resultado para mi estómago, sin adelantar más sobre el negocio que la vez primera.

III.

No muchos días después se produjo el tercer caso.... Y en Heidelberg también. Pero ahora las características del atentado, no fueron las mismas y si se quiere, mucho



¡Eran ellos!... Sí... No era posible equivocarse

más graves. La bomba había sido arrojada dentro de una habitación del sanatorio del doctor Schöneman.

Conocía yo mucho a este distinguido sabio y filántropo. Poco tiempo después de mi llegada a Heidelberg, tomaba una tarde mi bock de cerveza, mientras escuchaba un concierto militar en el Jardín del Castillo. Un hombre de aspecto venerable llamó mi atención.

Era el tal, uno de esos tipos que solo se encuentran en Alemania. De mediana estatura y algo grueso, limpia y rigurosamente vestido de negro, su imponente fisonomía estaba rodeada por una soberbia barba, casi enteramente cana. ¡Esos sabios, humanitarios, filántropos, apostólicos, me parecían ejemplares anticipados de super-hombres del porvenir. Siempre los miré con veneración.

El doctor Schöneman merecía ese respeto. Heredero de una fortuna considerable, dedicó desde muy joven a hacer el bien, no solo su dinero, sino también su tiempo y las facultades de su espíritu. Médico distinguidísimo, se ocupaba principalmente del alivio de esos infortunados que constituyen la más tremenda vergüenza y horror de la bu-

manidad, de esos imbéciles en último grado, seres inferiores a los animales mismos, incapaces no solo del raciocinio sino aun de cumplir las funciones más elementales de la vida vegetativa.

La visita de un hospicio de dementes, le sugirió esta idea altamente humanitaria. Desde entonces no economizó ni dinero ni trabajo, ni esfuerzo: fundó en Heidelberg un sanatorio particular, costeado con sus propios recursos y había logrado, según se decía conseguir resultados asombrosos, sino en la curación por lo menos en el alivio de esos monstruos humanos. No les devolvía la razón, pero, por lo menos, solía transformarlos en autómatas dóciles, tranquilos, capaces de llenar sus funciones animales, con el instinto de un perro.... Quien haya visto ciertos rincones de los hospicios, sabrá estimar el milagro del doctor Schöneman. No es raro, pues, que se le indicara para el premio Nobel.

El secreto de sus procedimientos, no era aún conocido del mundo científico, pero la mejoría gradual y efectiva de los desdichados sometidos a su régimen era un hecho que no se podía poner en duda.

Alojaba el doctor Schöneman una veintena de ellos en su sanatorio, pabellón aislado cuyo frente daba a Leopoldstrasse, y su fondo a los bosques y jardines que cubren las faldas de Geissberg.

A ese recinto sagrado del dolor y de la humanidad, había llevado el extraño anarquista de Karlsruhe sus tremendos medios de destrucción. Una noche del mes de Agosto, a eso de las diez, la ciudad se sintió sobrecogida por el ruido de una explosión formidable. ¡Eran ellos, sin duda! Una bomba lanzada, probablemente desde uno de los muchos caminos o senderos del bosque que constituye el principal paseo público de Heidelberg, había estallado dentro de una de las habitaciones del pabellón... Un infeliz demente fué la única víctima, pues cada pensionario poseía una pieza aparte, pero el edificio entero sufrió bastante de los resultados de la explosión.

Como en las anteriores ocasiones fué imposible encontrar vestigio alguno de la máquina infernal.

El cuerpo de la víctima era solo un hacinamiento informe y horrible.... La cabeza había materialmente volado. Un fragmento del cráneo, apenas mayor que una moneda de cincuenta pfenings, fué encontrado al día siguiente en una avenida de Geiss-

berg, a trescientos cincuenta metros del sitio del suceso.

Sin las precauciones adoptadas por la policía, toda la ciudad se habría trasladado al sanatorio, pero se dictaron órdenes muy severas para impedir la aglomeración de público. Trabajo me costó a mí mismo, a pesar de mi celebridad como autor de la fracasada teoría del aerolito, para llegar con mi lente a auxiliar las investigaciones de los detectives oficiales...

Como antes, nada, absolutamente nada pudimos sospechar siquiera. Vestigios no había ninguno. Registramos los caminos del bosque que dominaban el sanatorio, con la esperanza de ver alguna huella o señal que nos pusiera sobre la pista. Quien solo conozca este negocio de las huellas por las obras de literatura policial, se lo imaginará muy fácil; pero otra cosa es en la práctica. Evidentemente muchísimas personas habían traficado por los senderos del Geissberg, pero en nada se distingue la huella del que ha lanzado una bomba de la huella del hombre más honrado y pacífico del mundo.

IV.

Comentábamos aquella noche, con el jefe de policía von der Barth, nuestro mutuo fracaso, en el café-restaurant de Heberleim, cuando de pronto me asaltó un pensamiento soberbio.

—Si llamáramos a Sherlock Holmes, exclamé.

—¿Está Ud. loco?—me repuso mi interlocutor.—¿Cree Ud. acaso que existe un Sherlock Holmes en el mundo... Ese es un personaje de novela, inventado por Conan Doyle... sin duda con el dañadísimo propósito de desprestigiar a la verdadera policía.

—No opino como Ud., dije yo con mucha calma. Creo en Sherlock Holmes, como en el mismo Jorge V. Una persona tan seria como M. Conan Doyle ¡habría de estar inventando mentiras y dando patercos a las gentes?... Quite Ud. allá... Yo sé lo que vale la formalidad británica y la palabra de un inglés.

El jefe de policía se rió... Los alemanes se ríen por todo.

—¿Y dónde va Ud. a buscar a su Sherlock Holmes?—me dijo por fin...

—Le escribiré a su casa.... Es cuestión de diez minutos. El vive en Londres, Baker Street N.º 221... Usted puede comprobarlo leyendo las primeras líneas del capítulo I del

libro que se titula "Un estudio en escarlata".

—Pero ¿Y si Sherlock Holmes ha muerto? —objetó el coronel, sin dejar de reír. Hace años que no se dice nada nuevo acerca de sus hazañas.

Apenas el jefe de policía había dicho estas palabras, penetraron en la sala dos personas cuya fisonomía no me era desconocida. ¿Dónde diablos he visto a este par de individuos? me preguntaba.

Al fin me di una palmada en la frente. ¡Eran ellos!... Sí... No era posible equivocarse. Ese hombre alto, delgado, pálido, musculoso, de nariz aguilena y ojos grises y penetrantes... era Sherlock Holmes... y aquel gringuito sonrosado, vulgarote, de bigotes rubios y aspecto candoroso, no podía ser sino el inevitable doctor Watson, cuya clientela profesional, se veía ahora como en tantas ocasiones, privada de sus servicios; mientras él andaba con su nunca bien ponderado amigo, deshaciendo entuertos, por todos los condados de las islas británicas.

¡Eran ellos sí, tales como nos los ha pintado la pluma de Conan Doyle, y el lápiz de los dibujantes de "Strand Magazine".

—He allí a Sherlock Holmes, le dije por lo bajo a mi compañero.

El alemán se restregaba los ojos, como quien cree estar despertando de una pesadilla....

—Es extraordinario,—dijo.—¿Qué coincidencia!

Nos acercamos a los forasteros.

—¿Es el señor Sherlock Holmes, a quien tenemos el honor de hablar?—pregunté yo en el mejor inglés posible.

—Sí, señor. ¿En qué puedo servirlo?

Nos presentamos mutuamente con todas las reglas de la etiqueta inglesa.

—Así, pues,—dijo el jefe de policía,—ustedes han venido desde Londres con motivo del horroroso y extraño atentado de que acaba de ser víctima el Sanatorio del doctor Schöneman.

—Sí, señor,—repuso Holmes.—Al leer ayer los diarios, me impuse de lo ocurrido, e invité a mi amigo el doctor Watson para que viniéramos.... El, como en otros casos, dejó sus enfermos a un médico vecino, y aquí estamos.

—Usted, señor Holmes,—me aventuré a preguntar,—se habrá formado ya sobre estos extraños atentados, una teoría particular...

—Nada de eso.... Mientras yo no pasee mi cristal de aumento por el sitio de un

crimen, y sus alrededores, no me avanzo jamás en el terreno de las hipótesis antojadizas. El estudio de esos pequeños detalles, invisibles para el ojo vulgar, es el cimiento sobre que levanto el edificio de mis deducciones.

Sherlock Holmes es un tanto "latero" y un sí no es infatuado de sí mismo. La culpa la tiene ese cándido del doctor Watson, que lo escucha como al evangelio, y lo admira como a un ser sobrenatural.

Se extendió, pues muy largamente, el célebre "detective" inglés sobre sus procedimientos y sistemas, mientras fumaba una tras otras, pipas cargadas con ese insoponible tabacazo de marinero, de que Dios me libre.

De pronto se detuvo en su arenga, y me miró fijamente....

—Vea, señor,—me dijo,—como una prueba de mis facultades deductivas.... puedo asegurarle, que es Ud. pariente de un ex-Ministro.

Watson paseó por la concurrencia una mirada de triunfo....

—No comprendo,—dije yo,—cómo puede Ud. haberlo adivinado.... El hecho es efectivo.

Holmes se sonrió muy satisfecho.

—¿No lo comprende Ud?... Sin embargo, es lo más sencillo. ¿No es Ud. chileno?... Así por lo menos lo han afirmado los diarios al comentar su excéntrica teoría del aerolito.

Sí, señor....

—Un chileno, y del rango social, a que Ud. parece pertenecer.... es imposible que entre sus parientes no haya tenido un ministro.... Según mis informes en Chile casi todo el mundo llega a serlo....

No supe si enojarme o retirarme de esta salida.

—Este gringo no es tonto,—pensé para mis adentros.

—Si a ustedes les parece,—continuó Holmes, después de saborear su triunfo,—podemos ir acercándonos al sitio del atentado.

Y allí nos dirigimos todos.

V.

Pasamos primeramente a saludar al doctor Schöneman, quien nos recibió con esa amabilidad digna y majestuosa que le caracterizaba. Sobre la mesa de su despacho se encontraba extendida una colección de objetos heterogéneos que la policía alemana había juz-

gado oportuno recoger entre los despojos de la explosión.

Holmes los examinó minuciosamente por el espacio de una media hora larga. El trozo de cráneo proyectado a trescientos metros, llamó ante todo su atención.

—Fíjese Ud... en sus procedimientos... observe cómo no se le escapa detalle alguno... No hay indicio que él considere insignificante...

Una letanía por este estilo hube de escuchar pacientemente a intervalos regulares de los labios del doctor Watson, mientras duró aquel fastidioso e interminable examen.

—Vamos ahora al sitio mismo,—agregó Holmes.

Una vez en la pieza teatro de la catástrofe tuvimos que presenciar una investigación tanto o más larga que la anterior.

—¿Es posible, pensaba yo, que este pobre doctor Watson, encuentre algún atractivo en pasarse horas y horas mirando cómo este señor pasea sus ojos y su lente por las paredes y el suelo de las piezas? Y para esto, abandona su clientela, exponiéndose a que aburridos sus enfermos, busquen otro médico más asiduo en el cumplimiento de sus obligaciones.

Como se ve yo me iba desengañando y no poco de mi héroe.

De la pieza en que estallara la bomba, bajamos al jardín, cuyo fondo como hemos dicho alcanzaba hasta las faldas del Geissberg.

—Supongo que no habrán permitido a nadie la entrada desde que ocurrió la explosión,—dijo Holmes.

—Nos ha sido imposible evitar en absoluto la afluencia de gente.... Además, en este caso el jardín no tiene mucha importancia. La bomba debe haber sido lanzada desde uno de esos senderos del bosque, allí arriba....

Y al decir estas palabras, el jefe de policía nos señalaba los oscuros macizos de pinos que se alzaban tras de las tapias del jardín, por las faldas del Geissberg.

—¿Y por qué no desde el jardín?—insistió Holmes.

—Por dos razones: en primer lugar esas tapias son muy altas, y es del todo imposible encaramarse a ellas, sin el auxilio de una escalera. No hemos encontrado rastros de semejantes cosa y es además poco probable que un hombre tan listo como parece ser el autor de estos atentados, se haya imaginado tener mayores facilidades para dis-

parar la bomba desde aquí abajo, y encerrado en un jardín, cuando desde el primer sendero del bosque, colocado, como Ud. ve, casi a la altura de la ventana, el asunto es mucho más sencillo.

Holmes movió la cabeza en señal de duda.

—Vamos al sendero,—dijo.

El camino en cuestión bordeaba las faldas del Geissberg, por detrás de las tapias del jardín, a la altura de un tercer piso, como ya se ha dicho. El detective inglés lo recorrió dos o tres veces en ambos sentidos, guardando de paso en el bolsillo diversos guijarros de todos tamaños.

Nosotros le mirábamos hacer, no sin extrañeza....

Se entretuvo después en disparar las piedras recogidas contra las paredes del Sanatorio, algunas con tan mala suerte, que habría roto dos o tres cristales, de las ventanas, si estos no estuvieran ya convertidos en añicos de resultas de la explosión.

—Vamos donde el doctor Schöneman,—concluyó con su acento cortante e imperativo.

El venerable filántropo nos invitó a visitar su establecimiento. Aparte de la pieza de la explosión, las demás no habían sufrido gran cosa. Los infelices dementes parecían no haberse dado cuenta del peligro.

—Son verdaderos autómatas,—nos dijo el doctor, tan insensibles al miedo, como a la alegría o al dolor. Obedecen mecánicamente con la docilidad de un perro las órdenes que reciben... Así, estos idiotas pueden llegar a ser útiles para la sociedad. Uds. van a verlo....

Entramos en el aposento de uno de ellos. Su desdichado inquilino se ocupaba en mover una complicada máquina de coser zapatos, con la misma precisión del mejor obrero....

—Se adaptan maravillosamente a cuanto es mecánico y automático, nos explicó el doctor Schöneman. Este hombre continuará trabajando, todo el día, y mientras no se le ordene otra cosa, pero sin darse cuenta de nada, porque es incapaz del más insignificante raciocinio, ni de concebir una idea abstracta.... Podemos hablar delante de él, con la misma libertad que si tuviéramos delante a un caballo....

El doctor silbó....

—Ven acá Tom, dijo al idiota.... Deja esa máquina y ve a la cocina.

El otro obedeció como lo habría hecho el más inteligente mono sabio del circo Barmín.

—Si Uds. hubieran visto a este individuo hace sólo algunos meses,—continuó el doctor,—estimarían los beneficios de mi procedimiento.... Este Tom, era el microcéfalo más brutal e ingobernable del hospicio de Daronstad. Sólo pudo aprender a comer, pero nada más que a comer. El resto de sus funciones orgánicas estaba tan descompuesto, como su inteligencia. Ahora es por lo menos un excelente y útil obrero.

—Un obrero que no dará mucho que hacer a los sociólogos ni se habrá de declarar en huelga,—observó Holmes.—Verdaderamente, es admirable.

—¡Y no piensa Ud., doctor,—dijo el jefe de policía, publicar ya los resultados de su maravilloso descubrimiento?

Acaso fué una ilusión, pero me pareció que sobre el rostro del doctor se extendía una ligera palidez.

—No es aun tiempo,—se limitó á constatar.

VI.

Era ya la hora de comer: nos despedimos pues, del doctor, y volvimos al café restaurant Hochelin.

—He visto —Hablemos, pues...—dijo Schoneman, mientras el sudor corría por su frente.

cuanto me interesaba, y esta noche regresaremos a Londres,—dijo Sherlock Holmes al sentarse a la mesa.

Y, embobado en sus pensamientos, no volvió a pronunciar palabra, durante toda la comida.

Watson parecía humillado.

A los postres se despidió el jefe de policía y quedó solo con los dos ingleses.

—En verdad este es un caso inexplicable—dijo, sin más objeto que el de romper un silencio ya mortificante.

—Nada hay inexplicable bajo el sol,—repuso Holmes secamente.—El negocio presenta en verdad puntos oscuros, cuya solución acaso no tendremos nunca, pero en

cambio, hay en él otros aspectos muy claros.... Yo estoy sobre la pista, pero he resuelto no seguirla.

Watson y yo no pudimos sofocar un grito de admiración.

—La policía alemana, no sabe lo que se pesca,—continuó pausadamente el célebre detective inglés.

—¿Por qué no iluminarla entonces?—dije.

—No debo hacerlo,—contestó Holmes con resolución.

Nos dirigimos a la estación; pues era ya la hora de tomar el tren. En el camino mi cerebro trabajaba por descubrir el secreto de la conducta de mi ex-héroe.—¿Sería acaso un farsante? No podía resolverme a con-

venir en ello. Preferí imaginar, que el detective inglés tenía motivos patrióticos para obrar en esa forma. ¿No se había sospechado la existencia de una nueva y poderosa máquina de guerra? ¿Acaso era la Inglaterra poseedora de ese descubrimiento formidable? Nada cuenta a la imaginación latina lanzarse por semejantes extravíos.

Holmes pareció adivinar mis pensamientos, y mientras su inseparable y dócil Watson, hacía cola junto a la ventanilla de la boletería, el raro personaje me dijo al oído estas palabras sublimes:

—Vea señor de F.... Yo tengo motivos especiales para no continuar esta investigación, pero le repito: creo estar sobre la pista y voy a ponerlo a Ud. sobre ella. Nadie ha penetrado en el jardín del Sanatorio Schoneman para arrojar una bomba.... En esto y solo en esto tiene razón la imbécil policía alemana. Pero tampoco el explosivo ha sido lanzado desde los senderos del Geissberg... A cincuenta metros de distancia no se disparan bombas contra una ventana abierta.



con esa seguridad y precisión... Como usted vió, hice el ensayo... La máquina infernal estálló en aquella pieza, porque estaba allí...

—Luego,—dije yo espantado,—Ud. sospecha del... del doctor Schöneman... ¡Es absurdo!

—Nada de eso... Y he aquí lo más obscuro del caso... Pero esos imbéciles dan mucho que pensar... Individuos así lo explican todo o casi todo. Poner una bomba en sus manos nada es más fácil: ordenarles en seguida que la arrojen aquí o allá, tampoco es difícil. Ellos lo harán sin darse cuenta, pues son incapaces de la más insignificante reflexión...

—¡Pero el doctor Schöneman?... ¡Para qué haría semejante barbaridad...

—El doctor Schöneman tiene ayudantes... agregó Holmes... Debo darle, sin embargo un buen consejo... No se mezcle en este negocio sino quiere volar por los aires, como los músicos de Karlsruhe.

Y subí en su tren.

VII.

Esa noche no pude conciliar el sueño.

Sherlock Holmes, con sus medias largas me había sumido en un mar de perplejidades. En balde intentaba reconstituir imaginariamente la historia de esas extrañas ocurrencias.

El doctor Schöneman podía tener un ayudante anarquista, y ser inventor de un nuevo y desastroso explosivo. El miserable se valía de los desdichados dementes para consumir sus atentados. Esto era verosímil. Pero ¿qué hacía ese ayudante criminal, en la pieza de uno de los imbéciles pensionarios del doctor? A la verdad, esta última circunstancia no tenía explicación racional.

Después atravesaba por mi mente un pensamiento insensato. Acaso el propio Schöneman... Estos filósofos, estos hombres de ciencia ¡no suelen ser víctimas de las más absurdas perturbaciones mentales?

El peligro de mezclarse en semejante negocio era demasiado evidente. Sherlock Holmes ya viejo y con muchas libras esterlinas en el bolsillo no quería volver a las andadas... Pero yo era un muchacho, un estudiante y un chileno. ¿A qué, pues, retroceder?

Tomé pues mi resolución.

Esa tarde, a la hora de la retreta, esperé al doctor Schöneman en su banco habi-

tual del Jardín del Castillo... No tardó en venir. Le saludé respetuosamente y me senté a su lado.

Nuestra conversación giró pronto al rededor del tema del día. Los horribles atentados anarquistas.

—Tengo para mí,—dijo el doctor,—que ese inglés, ese Sherlock Holmes, es un sí no es desequilibrado. La conformación de su cráneo, es la de un impulsivo...

—Evidentemente,—repuse yo,—no es Holmes un hombre normal... ¿Pero no es el genio, una de las formas del desequilibrado?... Precisamente a este respecto tenía yo que hablar con Ud... y muy formalmente... Holmes lo sabe todo...

Fué un escopetazo a traición... Ni un rayo cayó a los pies del doctor, hubiera causado un efecto más fulminante... Una palidez mortal se extendió por el rostro del filántropo. Creí que se iba a desmayar.

—Sus facultades deductivas son maravillosas. Y su espíritu de observación más estupendo aun,—continué yo...—¿No habría creído Ud. imposible que tal cosa, extravagante como es, pudiera llegar a descubrirse?...

—Inverosímil...—exclamó el doctor.

—Y sin embargo es la verdad... Holmes, le repito, lo sabe todo... pero, por razones que Ud. fácilmente comprenderá, ha vuelto a Londres, sin decir una palabra a la policía... Me confío, sí, privadamente a mí el resultado de sus descubrimientos, y me autorizó para hacer de esta confidencia, el uso que creyera oportuno...

—Hablemos pues... —dijo Schöneman, mientras el sudor corría por su frente... ¿Cuánto necesita Ud?... Yo... no soy un criminal...

—Ni yo soy tampoco un maestro cantor,—le repuse vivamente...—Yo no necesito su dinero...

Aquí me detuve, no sabiendo cómo continuar. Temía dejar entender a Schöneman cuán poco sabía en realidad.

—¿Qué espera Ud. de mí entonces?—interrogó el doctor.

—Necesito una garantía de que semejantes hechos no han de repetirse en lo sucesivo...

—¿Una garantía?—preguntó asombrado el doctor... Bien sabe Ud. que no puedo darla. No me inmuté ante esta inesperada salida.

—Pero, algunos precauciones no son imposibles. Al menos para evitar las peores consecuencias de semejantes explosio-

nes,—objeté yo, sin aventurarme demasiado.

—¿Y se imaginarían Uds.—repuso él animándose,—que yo no las tomo... Las apariencias acaso me condenan, pero no soy un criminal, se lo repito. Cuando ocurrió el terrible suceso de Karlsruhe, yo mismo no sabía aun que el cerebro de esos desgraciados era explosivo,—añadió bajando la voz.

Tuve el heroísmo de permanecer impasible. Guardé silencio por unos segundos y en seguida pregunté:

—¿Pero qué hacía, entonces, ese desventurado al paso de las tropas en la Avenida Moltke?

—Le había enviado con uno de mis ayudantes. Era un ensayo de carácter científico. Los resultados obtenidos por mí en el alivio de la demencia, no me satisfacían del todo. Quería hacer de esos desdichados algo que se pareciera más a un hombre... Interesárelas por un espectáculo capaz de conmover a la vez su imaginación y sus sentidos. Un gran despliegue militar me pareció lo más adecuado al efecto. Mandé pues a uno de mis pensionarios, con Grünberg, el único de mis auxiliares que, gracias a esta circunstancia, sospecha alguna cosa... El error de Grünberg fué dejar abandonado al infeliz en medio de la avenida, mientras él se fué a visitar a unos parientes que tiene en Karlsruhe... Luego, y aquí entramos en el terreno de las hipótesis, al pasar la banda de músicos tocando la marcha imperial, el pobre imbecil, no se descubrió, como se acostumbra hacerlo en Alemania... Algún patriota demasiado celoso, quiso borrarle el sombrero de un bastonazo... Pegó demasiado fuerte... y el cerebro explosivo del infeliz... hizo volar cuanto existía a veinte metros a la redonda.

Al principio yo no me dí cuenta de ello, pues, le repito, no me imaginaba siquiera que la masa cerebral, tratada con mi heliofosfato, adquiriera tan terrible propiedad. Creí como todo el mundo en una bomba... Lo otro era demasiado absurdo.

Cuando ocurrió el segundo caso, el del automóvil, vine sí a concebir sospechas. Estudié el punto y he dado con la explicación química del negocio.

El helio es un cuerpo mal conocido aún. Todos saben cómo se desprende del radium... Mejor dicho, el radium se transforma paulatinamente en helium. Ahora bien el fósforo en presencia de una pequeña cantidad de helium, goza de la propiedad tremenda de transformación instantáneamente

y todo él en helium, al más ligero choque. Adquiere así un volúmen un millón de veces mayor que el que tiene en estado de fósforo, y en consecuencia la terrible fuerza expansiva, cuyos efectos hemos podido apreciar.

El secreto de mi tratamiento de la microcefalia, no consiste en aumentar el volúmen del cerebro (ello es imposible), sino su proporción de fósforo. Conseguí esto mediante la inyección de un producto de mi invención, que llamo heliofosfato, pero cuya composición a nadie revelaré...

No, señor, Ud. no puede imaginarse cuánto he sufrido al descubrir todo esto... Después de tantos años de trabajo, sólo había conseguido dotar al mundo con un nuevo y más terrible azote de destrucción... yo un humanitario... un filántropo... un pacifista.

Pero el mal está hecho, y no tiene remedio. Mientras exista uno solo de esos idiotas de mi establecimiento, mientras no haya muerto el último, cada uno de ellos, es sólo una inconsciente y terrible máquina infernal.

¡Dios me perdone!... Pero, cuando el doctor Schöneman se alejó... quedé francamente convencido de que el pobre señor había perdido el juicio... Todo aquello era demasiado absurdo.

VIII.

Resolví hablar del negocio con el jefe de la policía, pero no lo encontré aquella noche. Dejé, pues, para el día siguiente mi confianza.

Pero esa mañana Heidelberg despertó al ruido de una explosión lejana... mucho más formidable que las anteriores. Luego se supo que ella había tenido lugar en la parte más solitaria y escondida del bosque a dos leguas de la ciudad, más allá de Kraustein.

Al amanecer el doctor Schöneman, acompañado de todos sus pensionistas, había salido de Heidelberg en dirección al campo, y allí, en una remota hondonada de la selva, el distinguido filántropo había encontrado un fin terrible, junto con los desventurados, a cuyo alivio dedicara tantos desvelos.

El Sanatorio estaba vacío.

Esta vez, como las anteriores, ningún vestigio pudo encontrarse.

Volvieron a levantarse en torno del extraño suceso, las más extravagantes hipótesis.

Yo me guarde mi secreto. Temí que publicándolo, se dudara de la sanidad de mi cerebro. Por otra parte, ¿había dicho la verdad el doctor Schöneman?

Esta duda horrible continúa trastornando mi cerebro...

Pero el hecho, el hecho elocuente, es que los extraños atentados no han vuelto a repetirse.

Así, sigo creyendo firmemente que el desventurado filántropo no encontró mejor medio de librar a la humanidad, del formidable peligro que inocentemente creara, que el de perecer en compañía de sus pobres imbéciles bombas animadas, en un rincón solitario de los bosques de Kraustein.

M. de F.

ARISTOCRACIA DE HEROES ARTICOS

Cuando el invierno recrudece y la nieve blanquea las montañas, hay hoy muchos que así como en otro tiempo se preparaban sus maletas y se iban en busca de tierras más hospitalarias donde brillara el sol y con él el calor y las flores, parten ahora hacia las regiones en que el hielo es más duro y las heladas más penetrantes. He aquí el triunfo del sport Invernal, tan en boga hoy día.

M. Max Nordau cree ver en esto, según expone en la Revue un "singular aspecto prehistórico": "un abandono manifiesto de la forma de vida en las regiones meridionales y una evidente tendencia hacia el método de vida en el norte. Cuando después de la aparición del hombre sobre la tierra, indudablemente hacia fines del período terciario, se inició la época glacial, entonces los débiles y los flojos se salvaron de la muerte, persiguiendo ansiosamente el calor que se retiraba muy lejos hacia el sur; y allí en los trópicos se vieron ya en completa seguridad, libres de la mordedura de los hielos. Pero los ancianos y esforzados aceptaron decididos la lucha con el enemigo; hicieron frente al coloso de los hielos, lucharon con él desde la cuna al sepulcro y si no lograron derribarle, al menos no sucumbieron a sus golpes de muerte. Los que no estaban conformados para la lucha, cayeron; los que quedaron, fueron fieros, como el huracán del Septentrión que sacudía sus bucles de oro, duros como el hielo que se encrespaba en su derredor; La guerra

continúa con el frío produjo una raza de héroes, que estaban por encima de todas las miserias y peligros, capaces de bajar al sur como conquistadores invencibles, sometiendo a su dominio cuantos pueblos encontraban en su camino. A este prototipo antropológico del campeón polar, pretende, sin darse cuenta, remontarse la clase superior.

La clase superior, dice Max Nordau; en efecto el sport de invierno exige tiempo y dinero de la generalidad no dispone. vará su superioridad sobre el pueblo.

"Hoy día ya las excursiones de invierno por la nieve y el hielo son signo evidente de distinción. Andando el tiempo se desarrollará una nueva raza de héroes árticos, que al primer golpe de vista se diferenciarán de los plebeyos de piernas cortas y pecho estrecho que se ven en las tiendas y oficinas de las ciudades, y la sociedad mundana ávida siempre de exclusivismos apreciará y considerará como antigua a esta nueva raza origen de una verdadera aristocracia inaccesible para el vulgo".

Será esto así? Se olvida M. Max Nordau de que esto tiene el foot-ball, las excursiones a pie, el box y otros sports? Y el amor, Nordau no lo declara. El flirt no pierde sus derechos. Lo mismo se aviene al "ski que al tennis", al "skating", al "bobsleigh o al vals. Los novelistas no tendrán mas que hacer sino cambiar ciertas "situaciones" y variar incidentes, vamos entonces todo va bien.